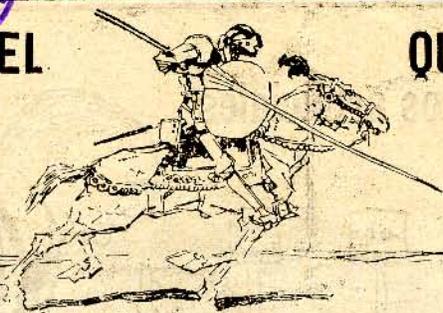


SOBRE EL

QUIJOTISMO DE CERVANTES

En O. C. Tomo V.



En mi obra «Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada», exageré acaso, por vía de paradoja y para mejor revelar el idealismo que la informa, mi culto á Don Quijote á expensas de Cervantes. Era mi objeto mostrar que lo real, lo duradero, lo eterno, es la obra de uno. El mismo Cervantes comentó lo de que cada uno es hijo de sus obras, y así podemos decir que más bien que Don Quijote es hijo de Cervantes, Cervantes es hijo de Don Quijote.

Llevado por aquel sentido quise prescindir de todo lo que en el *Quijote* no es Don Quijote, y los que le completan, de todo lo que en ese libro no es quijotismo. Y, desde luego, de todo lo que en él es pura literatura, que es á lo que de ordinario se agarran los puros literatos, los de la letra, los que no llegan al espíritu. Quise reaccionar contra la estúpida exágesis de los masuretas de nuestro cervantismo, por muy eruditos que ellos sean. Y es que adivinaba en el fondo de estos hombres nefastos un repuesto de antiquijotismo, una suerte de horror á la obra del Caballero de la Triste Figura. Son ellos, y no Cervantes, quienes se burlan de Don Quijote.

Llevado de aquel sentido, pasé por alto los prólogos y las dedicatorias del *Quijote*, y no quise detenerme donde presumía que Cervantes nos iba á hablar de sí mismo ó de su obra como obra literaria, pero no de Don Quijote y de la obra de éste. Y salté aquellas tan conocidas palabras que en el prólogo al lector de la Segunda parte nos dice sobre su manquedad Cervantes:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que se me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, si no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitarán un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Lo que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían

á los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza: y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.»

Al volver á leer esto, ocurreseme pensar, en primer lugar, que si Cervantes, en vez de haberse quejado manco, se hubiese quedado muerto en la mis alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, seguramente que no nos habría descubierto y contado la vida de Don Quijote, salvando así, con su nombre, su alma en el alma de España, pero habría salvado su alma, incorporándola al alma de España, en aquella memorable hazaña histórica. Aunque anónimo Cervantes, héroe siempre, habría salvado su alma en el alma de su patria.

En aquella altísima ocasión, en la Batalla de Lepanto, España opuso un dique á los avances del Gran Turco y cerró el Occidente de Europa á la barbarie de ese pueblo, enemigo de la cultura cristiana, que lucha hoy, en los momentos en que esto escribo, bajo las banderas del Imperio germánico. Luchando contra los turcos fué como Cervantes se capacitó para descubrirnos á Don Quijote.

Y ocurreseme á las mientes esto ahora en que una buena parte de los españoles están turquizados ó aturcados y se regocijan de los triunfos, reales ó supuestos, de esos descendientes de los bárbaros á quienes venció en Lepanto Don Quijote y se duelen de sus derrotas, también reales ó supuestas. Y si á Don Quijote le preguntáramos su parecer y sentencia en la contienda que hoy desvela á Europa, estoy seguro de que no contestaría al punto: «De qué parte está el Gran Turco? Pues de esa están la sinrazón y la felonía.»

Yo, hablando de nuestros encallecidos creyentes españoles, dije alguna vez que seguían al Corán de Cristo. Y así es la verdad. Han hecho del Evangelio un Corán. Es decir, han deshecho el Evangelio y sólo de nombre rinden á Cristo culto. Son islamitas, y nada más que islamitas. Su modo de invocar á Dios, al Dios de las batallas y de la venganza, es el mismo con que le invoca el Kaiser; un modo islamítico. Y en todo caso de Antiguo, que no de Nuevo Testamento. Es un modo pre-cristiano. O post-cristiano.

La similitud de la opinión de una buena parte de la sociedad española con la opinión de la clase dirigente de

Turquía es cosa que sorprende, es decir, ¡elase dirigente no!, sino clase dirigida. Hasta en el Consejo de ministros de la desgraciada Turquía de hoy han entrado como consejeros dos extranjeros; dos alemanes.

Nuestro Señor Don Quijote, tan disciplinado y sumiso á su ideal, tan obediente á los que con amor le mandaban, jamás se plegó á potestades imperiales ni menos desprecó la libre voluntad del pueblo. Hay quien le ha llama o anarquista por todo lo que hizo y dijo cuando dió libertad á los galeotes. ¡Bendito anarquismo el suyo! Y Cervantes, que había peleado por la cultura cristiana en Lepanto, contra los bárbaros turcos, y que fué después cautivo de ellos, pudo comprender mejor que nadie las razones por las que Don Quijote libertó á los galeotes. Sabía muy bien que la prisión no es patria del prisionero. Y Cervantes, como Don Quijote, quería que el hombre tenga patria, porque sabía que sin patria, sin historia, el hombre no es hombre, sino un animal prehistórico. Tal el turco.

Tal el turco y tales los aturcados, que sintiéndose cuadrilleros de la Santa Hermandad, sólo se cuidan de pedir que se les ponga esposas y grilletes á los Ginesillos, y piden también que se le prenda, y se le encarcele y se le castigue á Don Quijote por haberlos libertado.

El *Quijote* fué descubierto en una cárcel, que no era la patria del encarcelado Cervantes, y cuando éste acaso soñaba en la patria, en aquella que sintió su patria cuando le llevó á pelear el Gran Turco. Si entonces España hubiera permanecido neutral, ó si Cervantes se hubiese mantenido tal en aquella la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, no tendríamos hoy el Evangelio español del *Quijote*. Don Quijote nació en Lepanto y no en el oscuro lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes. Su cuerpo sí, su cuerpo nació en La Mancha, pero su alma vino á encarnar en él desde la batalla de Lepanto, donde nació de las entrañas de España, de las entrañas de la patria, conmovidas al luchar contra el Gran Turco, contra los bárbaros servidores del Corán y del Soldanado. Mas dicen los cuadrilleros que el Corán y el Soldán son el orden y la disciplina y la seguridad del goce.